

NOTAS

SOBRE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN SU CENTENARIO

I

UN CLÁSICO DE AMÉRICA:

LOS «SEIS ENSAYOS EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESIÓN»

Dentro de la variedad genérica que caracteriza a la obra de Pedro Henríquez Ureña no cabe ninguna duda de que la crítica en general, la obra didáctica y el ensayo, con límites no siempre precisos, constituyen las formas predominantes.

Asimismo, hay que admitir que el libro de Pedro Henríquez Ureña que ha tenido mayor difusión es el titulado *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, publicado en 1928. Con la particularidad de que no reviste un llamativo éxito editorial, difícil de darse en las disciplinas cultivadas por nuestro autor, y, menos aún, por la sobria exposición que lo caracteriza. En todo caso, habría que hacer hincapié en los ensayos iniciales del libro que bien pronto se desgajaron de él y llegaron a tener vida propia a través de antologías, estudios y citas reiteradas.

Con respecto a la composición de este libro, Pedro Henríquez Ureña nos ha dado en sus *Palabras finales* datos imprescindibles. Por ellas sabemos que fue Samuel Glusberg, director de la colección, quien propuso el título, y que el material escogido comprende, en realidad, nueve ensayos: conferencias o artículos ya publicados, pero que se reproducen a veces con variantes y modificaciones. Aparte, el enlace o unidad que los temas incluidos determinan¹.

¹ El libro está formado por "seis ensayos" (I. *Orientaciones: El descontento y la promesa; Caminos de nuestra historia literaria; Hacia el nuevo teatro*. II. *Figuras: Don Juan Ruiz de Alarcón; Enrique González Martínez; Alfonso Reyes*); dos "apuntes argentinos" (*El amigo argentino* [Héctor Ripa Alberdi]; *Poesía argentina contemporánea* [la antología de Julio Noé]); un "Panorama de la otra América" (*Veinte años de literatura en los Estados Unidos*). Además las *Palabras finales*.

Conviene aclarar que la elección del número *seis* obedece exactamente a los primeros ensayos (tres con el título de *Orientaciones*, y tres con el título de *Figuras*) que son los que mejor responden a la "búsqueda de nuestra expresión". Y, por otro lado, admitimos que Samuel Glusberg ha captado bien el complemento del título, porque éste resume algo así como el *leit-motiv* de los ensayos, aun sin necesidad de acudir a la condensación de las *Palabras finales*.

Es importante reparar en el año 1928, año de este libro fundamental en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña, y que, desde nuestra perspectiva, aparece como centro irradiador, hacia atrás y hacia adelante. Hacia atrás por lo que recoge de una línea que comienza casi con sus primeros escritos. Y hacia adelante por el hecho de que las ideas que se exponen en los *Seis ensayos* permanecerán como gérmenes fecundos en importantes obras de Henríquez Ureña posteriores a 1928. Y aclaro que no me refiero exclusivamente a sus grandes síntesis (las *Corrientes literarias*, la *Historia de la cultura*, etc.), sino también a estudios más breves, pero no menos significativos, como los artículos titulados *La América española y su originalidad* y *Barroco de América*, o las palabras pronunciadas en la reunión del Pen Club, de 1937. Esta etapa posterior resulta más conocida. Por eso conviene la búsqueda en la etapa previa, si tenemos en cuenta que allí se dan desde temprano algunas de las ideas que finalmente cuajarán en los *Seis ensayos*.

Volviendo a las *Palabras finales* es justo decir que en ellas Pedro Henríquez Ureña habla de los quince años que el tema de la búsqueda de nuestra expresión ha persistido en su obra. Se ve que piensa, como fecha extrema, en la fecha de elaboración de su conferencia sobre Juan Ruiz de Alarcón, que nos da precisamente ese lapso. Sin embargo, no me parece descaminado rastrear, como he dicho, precedentes parciales más antiguos. Así, creo, tienen especial validez estos párrafos que desajo de un ensayo sobre el *Ariel* de Rodó:

justo es interrogar, con el ilustrado cubano Sanguily: ¿Cuáles son los ideales cuya conservación debemos principalmente atender? Somos españoles, pero antes americanos, y junto con la herencia insustituible de la tradición gloriosa hemos de mantener la idea fundamental, no heredada, de nuestra constitución, la que alienta aún en nuestras más decaídas repúblicas: la concepción moderna de la democracia, base de las evoluciones del futuro. Las cualidades inherentes a nuestro genio personal —no menos reales porque aún no se hayan fijado en un todo homogéneo— no desaparecerán con la juiciosa y mesurada adaptación de nuestras sociedades a la forma del progreso, hoy momentáneamente teutónica².

² *Ariel*. La obra de José Enrique Rodó. Artículo fechado el 31 de diciembre de 1904, publicado en *Cuba literaria*, de Santiago de Cuba, 12 de enero de 1905, y, posteriormente, en el volumen *Ensayos críticos*, La Habana, 1905. Como sabemos, es éste el primer título de algún relieve en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña.

Y muchos años después, en 1923, vemos su reacción cuando el crítico cubano Fernández de Castro no lo incluye³ entre los "escritores propagandistas del americanismo". Sin duda, Pedro Henríquez Ureña pensaba ya en el libro que iba a condensar sus conceptos sobre el tema, o, sin libro, se consideraba con méritos más que suficientes como para figurar en la lista, por encima de los equívocos que parecían haber determinado algunos trabajos recientes suyos. Así, escribe a Félix Lizaso:

No me creo — dice Henríquez Ureña — uno de ellos; no creo haber hecho bastante para que se me recuerde en esos casos, y creo que usted me conoce lo suficiente para creer que no reclamo por vanidad; pero como veo, por ejemplo, el nombre de Caso, que en realidad es algo escéptico sobre americanismo, quiero apuntar esta sospecha que acaso sea infundada: ¿cree Fernández de Castro que no soy *americanista* porque soy *hispanista*?⁴.

Todos estos datos, y algún otro que puede agregarse, son válidos para mostrar una continuidad de pensamiento. Sin embargo, no está de más recordar que la mayor parte de los *Seis ensayos* fueron escritos (sin olvidar por ello sus precedentes) en los comienzos de su fecunda etapa argentina. Y que, asimismo, era una prestigiosa editorial argentina la que le abría las puertas para que expusiera su importante prédica. Ya Pedro Henríquez Ureña era conocido, quizás más que por los títulos publicados en el extranjero y que registraba su libro, por las colaboraciones en revistas y diarios argentinos (*Valoraciones*, *Nosotros*, *La Nación*, etc.). Pero los *Seis ensayos* fueron realmente los que afirmaron el prestigio literario de Pedro Henríquez Ureña entre nosotros.

Cuando en 1928 Pedro Henríquez Ureña publica su libro el tema del 'americanismo literario' (o, mejor, 'hispanoamericanismo literario') tenía ya una larga tradición. El propio Henríquez Ureña fijaba en la *Alocución a la poesía* de Andrés Bello el punto de partida del tópi-

³ La reproducción de la carta de Henríquez Ureña dice "incluía", pero a la vista está que se trata de una errata y que debemos leer "excluía". De lo contrario, el texto no tiene sentido.

⁴ Cf. Pedro Henríquez Ureña, carta a Félix Lizaso, fechada en México, el 30 de septiembre de 1923. (*Revista Iberoamericana*, XXXIV, 65, Pittsburgh, 1968, págs. 155-156. La transcripción corresponde a Carlos Ripoll). Agrego, también como anticipo, el párrafo de una carta a Alfonso Reyes. (El libro prometido cumple sólo en parte lo que después fueron los *Seis ensayos*):

"Quizás lo que más pronto puedo hacer es un libro — a pedazos, pero con cierta unidad — sobre la cultura hispanoamericana. Habría artículos sobre el pensamiento mexicano (Don Justo, Caso, tú, etc. — cosa original y rara)" [PHU, carta a A. Reyes, fechada el 21 de marzo de 1919. *Epistolario íntimo*, III, Santo Domingo, 1983, pág. 148].

co, en consonancia con la nueva etapa político-cultural que se abría en aquellos primeros años del siglo pasado. Claro que pueden buscarse en la época colonial vagos precedentes, aunque es explicable que lo que realmente se encuentra no es tanto una defensa del americanismo como una reacción contra el desconocimiento o las tachas negativas que venían de Europa.

Así, pues, resulta natural que el verdadero planteamiento teórico del americanismo literario nazca como una consecuencia de las revoluciones de comienzos del siglo xix. Y es más natural aún que fueran los románticos los que desarrollaran este tema: derivación de la independencia política que buscaba los más sutiles y complejos hilos de la independencia intelectual. Al mismo tiempo, deseo de sentar bases para las obras que serían aplicación de aquellos principios.

En general, los abundantes planteamientos que encontramos en el siglo xix no ofrecen mayor variedad. Lo que prevalece de manera casi total es un americanismo de tipo paisajista, costumbrista o 'histórico'. Su reflejo en las manifestaciones literarias de la época es evidente. En cambio, el siglo xx, sin cortar del todo con los planteamientos típicos del siglo anterior, se caracteriza, con tanta o aun mayor abundancia, por la diversidad de las proposiciones, que tienen, casi siempre, punto de partida o raíz social. Aparecen así el americanismo paisajista (a veces con agregados), el indigenista, el del mestizaje cultural, el hispanico y el criollista⁵. Pero no cabe duda de que el que ofrece mayor novedad es el americanismo expresivo que identificamos con el nombre de Pedro Henríquez Ureña.

Como he dicho, la obra básica en que el maestro dominicano expone sus ideas sobre el tema es su libro, de 1928, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Ya conocemos la composición general del libro, que tiene, en realidad, nueve ensayos. Pero fácilmente advertimos que el título apunta a los seis primeros ensayos, y que son los dos primeros (*El descontento y la promesa* y *Caminos de nuestra historia literaria*) los que proponen en esencia su 'fórmula' de americanismo. Como corresponde, Pedro Henríquez Ureña reconoce primero las tesis defendidas por otros críticos (la paisajista, la indigenista, la criollista, la hispanista). En rigor, lo que pretende es avanzar algo más en este transitado camino. Todas esas fórmulas, dice, son válidas, o, con más exactitud, todos los temas se justifican en la medida en que alcanzan, en momentos felices, la expresión vívida que perseguimos, ya que la verdadera originalidad depende menos de los temas que de su 'fondo espiritual'. O, con sus palabras: "El carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa, savia extraída de la tierra propia".

⁵ Cf., al respecto, mi libro *Hispanoamérica y su expresión literaria*, 2ª ed., Buenos Aires, 1982.

Entrando en el debatido problema entre lo propio y lo ajeno, Pedro Henríquez Ureña fustiga a los europeizantes que no tienen ojos sino para lo que viene de afuera, pero igualmente fustiga el orgullo aislador, el criollismo cerrado, el nacionalismo a todo trapo. Tenemos derecho — agrega — a tomar de Europa todo lo que nos plazca, siempre que esto no estorbe el aflorar de la energía nativa ni el ansia de perfección.

A través de lo expuesto, bien se ve que lo que propone Henríquez Ureña (y su enunciado no hace más que subrayarlo) es un “americanismo expresivo”. Y, con respecto al instrumento esencial del idioma, señala que no debe ser un elemento impersonal, sino la espuela que nos aguijonee en la búsqueda del acento propio. Así, escribió:

No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña con el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda.

La meta perseguida — agrega — no es fácil. Enemigos importantes aguardan en el camino: la falta de esfuerzo y la falta de disciplina son los mayores. (No tanto la exuberancia y el énfasis, defectos que han puntualizado tantos críticos extranjeros).

Esas páginas recordables se cierran con una doble visión; teñida una de un aparente pesimismo, y la otra de un realzador optimismo. Pesimismo, a través de lo que Don Pedro considera sello característico de la literatura hispanoamericana de esos días (“diversión inteligente, pirotecnia del ingenio”). Tinte borrado de inmediato, porque ni puede pensar en un ocaso, ni dejar de reconocer que hay otras fuerzas que puján con vigor. Por eso también las palabras finales se levantan augurando para América, en un futuro cercano, el eje espiritual del mundo hispánico⁶.

⁶ He resumido párrafos que corresponden a los dos primeros ensayos de los tres que llevan el título general de *Orientaciones (El descontento y la promesa y Caminos de nuestra historia literaria)*. Cf. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1928, págs. 11-51. Los dos ensayos llevan, respectivamente, estas fechas: 1926 y 1925.

Creo que vale la pena reproducir el párrafo de las *Palabras finales* en que insiste sobre el carácter de su prédica:

“A través de quince años el tema ha persistido, definiéndose y aclarándose: la exposición íntegra se hallará en *El descontento y la promesa*. No pongo la fe de nuestra expresión genuina solamente en el porvenir; creo que, por muy imperfecta y pobre que juzguemos nuestra literatura, en ella hemos grabado, inconscientemente o a conciencia, nuestros perfiles espirituales. Estudiando el pasado, podremos entrever rasgos del futuro; podremos señalar orientaciones...” (*Id.*, pág. 195).

Muchas de las páginas escritas por Pedro Henríquez Ureña después de los *Seis ensayos* son ratificación o amplificación de las ideas expuestas en el libro de 1928. Entre otras, la que procura corporizarse en la serie de los "Clásicos de América", con el itinerario que marca el proyecto — no realizado — de la CIAP, el tímido comienzo de la editorial Losada y, finalmente, la concreción, que él no alcanzó a ver, de la "Biblioteca Americana". En forma paralela, sus estudios sobre los "Clásicos de América", a través de la breve serie de nombres que iba trazando.

En el caso de las *Corrientes literarias*, el propio don Pedro nos dice en su prólogo que las conferencias de Harvard se anunciaron con el título de "En busca de nuestra expresión", claro enlace con su libro de 1928⁷. Los años que median entre 1928 y 1940 son, por supuesto, de ahondamiento en el problema, y hoy podemos afirmar que ya en 1928, y aun antes, alentaba en él la idea de obras como *Las corrientes literarias* y la *Historia de la cultura*, obras que llegaron, finalmente, en momentos de sedimentada plenitud. La diferencia mayor se marca entre la comprimida brevedad del ensayo (teoría, bosquejo, "ensayo" propiamente dicho) y el trabajo orgánico, medular, abarcador, que, al cabo de los años, aparece como concreción y desarrollo de aquellas reflexiones certeras que dan el perfil recordable de los *Seis ensayos*, a su manera verdadero "Clásico de América".

II

UNA PREMONICIÓN DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Desde los años juveniles mostró Pedro Henríquez Ureña aprehensiones en relación con su salud, así como desconfianza con respecto a los médicos. Esto lo advertimos, a través de sus propias confesiones, cuando se opuso reiteradamente a una operación de la nariz.

La reciente publicación del epistolario intercambiado entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes (parte principal de un rico epistolario) muestra que el tema de la salud, propia o ajena, lo preocupó especialmente en la primera etapa de esa correspondencia, para atenuarse en etapas posteriores. (De más está decir que esto es lo que trasuntan las cartas conservadas).

⁷ Esto determinó, también, en un primer momento, un equívoco. Ver *Notas norteamericanas*, en *La Nación*, de Buenos Aires, 12 de agosto de 1945. Concretamente, se trata de una confusión, a través del subtítulo, entre el libro de 1928 y el nuevo libro.